

RETRATO DEL ARTISTA COMISARIO

GUILLERMO CABRERA INFANTE

Nadie recuerda ya la guillotina. Ni siquiera al leer a Dickens, cuya *Historia de dos ciudades* es el relato de una venganza y de una abnegación inesperada. La guillotina es la hoja que corta en dos la novela. La *Enciclopedia Británica* ofrece una descripción de la guillotina más cercana a la historia francesa que la que da Dickens. Era "un instrumento para infligir la pena capital por la decapitación, introducida en Francia durante la Revolución. Consistía en dos postes verticales y una viga cruzada y tenía estrías a los lados para guiar la cuchilla de corte al sesgo cuya parte cimera llevaba un peso que hacía caer la cuchilla con velocidad y fuerza en el momento que se soltaba la cuerda que la sostenía. El propósito de la guillotina fue la invitación a una ejecución por la decapitación que no quedara confinada sólo a los nobles". Pero la guillotina sirvió en un principio más para decapitar a los ciudadanos de la república que a los nobles, cuyo número fue siempre limitado. Los nombres más eminentes, además del rey y la reina, fueron Danton, Desmoulins, Robespierre y Saint-Just. Los primeros murieron protestando contra el Terror, los últimos lo exaltaron hasta el final, pero sus cabezas se trocaron en el cesto.

No todos los ciudadanos eminentes fueron decapitados por la máquina. Había entonces como ahora, oportunistas que instigaron el Terror y no lo sufrieron nunca. Uno de ellos fue el pintor Louis David. Su biografía es un ejemplo de comisario temprano y demagogo en tres regímenes. No hay en la pintura otro caso igual. Ahora la BBC lo ha convertido en paradigma indigno.

El programa en la serie *Artistas y modelos* se titula "El espectáculo pasa" y fue escrito y dirigido por Leslie Megahey, al que algunos recordarán por un retrato ejemplar de Orson Wells exhibido el año pasado [1987].

Megahey ha logrado una biografía fílmica completa que es el retrato del artista como comisario. Ambas cosas lo fue con demasía Jacques-Louis David, uno de los artistas más grandes que ha dado Francia y un perfecto (o imperfecto) miserable. Cuando uno ha visto el retrato de Madame Reca-

mier y "Marat muerto" sabe el valor que tiene la frase final de Nerón ("*Qualis artifex pereo*" o qué artista muere conmigo), cuando uno ve esta biografía breve conoce que el gran artista era, como Nerón, un asesino al que los tiempos hicieron posible.

David fue pintor de la corte de Luis XVI, el decapitado, y maestro de la Francia frívola: María Antonieta lo exaltaba. Había heredado de Boucher la clientela pero no el talento erótico. Boucher es la cumbre del rococó venéreo, David sería el pintor neoclásico por excelencia, amante de las togas que apenas cubren a los héroes desnudos y encontraría en la Revolución muchos de sus temas. Dada la rapidez con que pintaba sería el primer periodista gráfico de Francia —y de la historia. Después de su "Marat muerto", comenzado a pintar a pocas horas del asesinato, tras fracasar su exhibición pública del cadáver del revolucionario ultimado por Carlota Cordary, David se convertiría en algo más contemporáneo y más sórdido que un Barnum avant la lettre. Sería un agente secreto de Robespierre.

Pintor por el día, de noche David firmaría decretos de muerte, condenando a la guillotina a muchos de sus clientes aristócratas. David siempre negó después su actividad nocturna, pero documentos recién descubiertos lo muestran a menudo ocupado en su tarea torcida. Se sabe, además, que estuvo entre los que negaron la vida al rey en la Asamblée y algunos de sus retratados famosos, como el eminente químico Laurent de Lavoisier, fueron famosos decapitados. Luego David, el retratista de la corte y la aristocracia (sólo los nobles podían hacerse retratos entonces), se hizo miembro de la convención nacional y maestro de las artes jacobinas. El periodista de la Revolución había pasado a ser un comisario.

Su famoso esbozo "El juramento de la cancha de tenis", que era un reportaje de un acontecimiento de veras revolucionario, dio pie a sus retratos de los mártires de la Revolución. Preso poco después pintaría en la cárcel su célebre autorretrato en el que el pincel lo desnudaba al vestirlo.

David tenía (y es todavía visible en su retrato) un flémion endurecido, un quiste que abultaba su mejilla

izquierda y le torcía la cara de manera grotesca. Menos visible (al menos en el cuadro) era su tartamudez que podía pasar del tartajeo a la mudez en segundos y su nombre se convertía en Dada. David compartía con otros líderes revolucionarios una deformación física visible. Marat padecía una forma cruel de la soriasis que le formaban bubones en el cuerpo que se reventaban bajo sus ropas. El escorcer extremo lo obligaba a pasar horas en una bañera de agua tibia. Desde allí despachada. Fue allí donde lo sorprendió el cuchillo cálido, (sacado de entre sus senos) de Mlle. Corday. Marat muerto pasó gracias a David, a ser el primer icono revolucionario y es de cierta manera un esbozo de Lenin en su mausoleo.

Cuando se ve el cuadro en Bruselas (fui su espectador obligado durante tres años) aparece una personalización absoluta. Encima de una caja de documentos junto al muerto se puede leer: "A Marat David", que es casi un mensaje de parte del pintor. Robespierre, otro deforme, era un enano y tenía una vocesita que apenas llegaba a la Asamblea. El mote de Robespierre el Incorruptible era en realidad el Inaudible. "A bas le Maximum!" gritaba el pueblo de París cuando iba a morir a la Plaza de la Concordia, de discordia entonces. Danton fue el único líder revolucionario francés con integridad física, aunque no moral. A pesar de haber pronunciado una de las pocas frases felices de la hora: "De l'audace, encore de l'audace, toujours de l'audace!", fue acusado de malversación, pretexto político para decapitarlo. Ante la guillotina, Danton le pidió al verdugo, "Muéstrale al pueblo mi cabeza y sabrán que valió la pena". Pero el pueblo de París pidió más. El tenebroso cortejo de las *tricoteuses*, tejiendo y destejiendo al pie de la guillotina, casi consiguió la cabeza de David desencajada por un Goliat que crecía cada día. Durante el Terror (de septiembre de 1792 a julio de 1794) hubo en Francia 20 000 decapitados por la *Lousette*.

Cuando aún no se sabía que el único destino posible para Robespierre era la guillotina, David gritó al Incorruptible en plena Asamblea, "Tomaremos tú y yo la cicuta". La metáfora era mala y peligrosa. David aludía al suicidio forzado de Sócrates que había sido tema de una de sus obras maestras. Conocedor como pocos en Francia del mundo antiguo, David trató de comparar al sanguinario Robespierre con el sabio Sócrates, sin duda un paralelo histórico miserable.

Al día siguiente, guillotinado su protector, la policía de Seguridad vino a buscar a David para obligarlo a presentarse ante la Asamblea y dar cuenta de su exabrupto con cicutas de ayer. David estaba aparentemente perdido. Pero en la Asamblea su tartamudez tanto como su miedo (y por supuesto su condenación pública de Robespierre difunto) le salvaron la vida. Pero David tuvo que guardar prisión por seis meses

en una temprana muestra del arresto domiciliario invertido. Esta vez su celda se convirtió en su casa y hasta se le permitió pintar su autorretrato.

Cuando el Terror se convirtió en desenfreno sangriento (los jacobinos decapitan a los girondinos, los girondinos guillotinan a los jacobinos) y apareció Napoleón sobre un caballo blanco, el héroe (o el villano: la historia, como Jano, tiene siempre dos caras) de Termidor venido para poner fin al caos, David, devuelto a su estudio, de nuevo neoclásico, organizador de fiestas, creador de la moda (la voga imperio fue introducida por este hombre de tantos talentos) y como antes había sido amigo de Madame Pompadour ahora es confidente de la mulata Josefina. El republicano cruel es el pintor real de la corte imperial y favorito tanto de Bonaparte cónsul como del joven emperador: Napoleón admiraba y se admiraba en las versiones de su vida según David. En una de ellas, el cónsul cruza los Alpes en fogoso corcel —lo que en realidad fue una corta travesía en mulo. Pero David nunca estuvo más lisonjero, en el lienzo y en la vida y aunque echara de menos los días de ira del Terror, se convertía en el gran maestro de los jóvenes realistas y románticos y al mismo tiempo en el espejo de paciencia de los peores académicos de Francia. Sus días de perenne oportunista dieron con sus huesos viejos en Bruselas, exiliado en lo que se conocía entonces como la guillotina seca: el destierro. La pena, después de Waterloo, por sus veleidades napoleónicas. Ahí mismo estaría en otros días su "Marat muerto", el retrato póstumo de aquel corrompido en vida que dijo: "Cinco o seis cabezas bien cortadas le asegurarían al pueblo reposo, libertad y felicidad". Palabras que David aprobó en su tiempo. Aunque tal vez su sentido clásico y sus preocupaciones con la moda y el vestuario habrían hecho pensar al pintor que la frase "Cinco o seis cabezas bien cortadas" tenía que ver más con el barbero que con la barbarie.

Delacroix, siempre generoso, llamó a Jacques-Louis David "el primero de los pintores modernos" y estaba en lo cierto en más de un sentido. David es el primer artista comisario. Luego habría comisarios artistas y comisarios a secas. David fue un gran pintor llevado por un resentimiento extremo, que encontró en la Revolución y luego en Napoleón una causa (y un efecto) que no tenía nada que ver con la pintura sino con las versiones y perversiones de la historia encarnadas en héroes tan dudosos como Luis XVI, Robespierre y Napoleón. Irónicamente, David tendría su perfecto equivalente actual no en un artista como Picasso, también neoclásico, sino en el Dr. Gobbels, aquel a quien Hitler advirtió: "Hay que impedir por todos los medios que Bruno Walter dirija a Beethoven", para decirse: "En estas cosas el Führer

nunca se equivoca". El diario de Goebbels podría ser el de David; termina con una obsesión gráfica que es también del siglo: el cine. "Trabajo durante la noche en el documental", escribe Goebbels. "Contiene atroces vistas de los horrores bolcheviques en Lvov.

¡Un espanto! El Führer me llama para decirme que es el mejor documental que hemos hecho. Estoy muy contento". David habría dicho otro tanto a un recado de Robespierre. <

[VUELTA NÚM. 141, 1988]

ÚLTIMA POSTAL PARA SEVERO

ENRICO MARIO SANTÍ

Un mango, una malanga o diez gladiolos
no han de ser suficiente guirnalda
en tu festejo.
El sacerdote tibetano que hacía de limpiabotas
entonará una guaracha,
y la Dolores Rondón, con sus tetas y nalgonas,
a chancletazo limpio, dedicará un guaguancó.

Tú que nombraste sin miedo
"la impermanencia y vacuidad de todo",
con igual gracia cubana
eres ya su encarnación.

*(Yo siento un bombo,
Mamita, me está llamando,
Si, si, siento un bombo...)*

"En la muerte del Maestro"
del sabor y la sonrisa,
la lección es la imagen del frío—
guerrillero del aire,
amigo mío.

[VUELTA NÚM. 201, 1993]